

Saga Gabriel III

La redención de Gabriel (sin revisar)

Sylvain Reynard

Traducción de Lara Agnelli para

Esencia / Planeta

Julia se despertó sobresaltada a la mañana siguiente, todavía inmersa en la pesadilla que le robaba el aire. Todavía no había amanecido y el dormitorio estaba a oscuras. Sólo la rítmica respiración de Gabriel rompía el silencio.

Cubriéndose el pecho con la sábana cerró los ojos tratando de relajarse, pero lo único que consiguió fue que las escenas de la pesadilla le volvieran con más fuerza.

Estaba en Harvard, corriendo por el campus porque no encontraba el lugar donde tenía que hacer la prueba final de doctorado. Pedía ayuda a todas las personas con las que se encontraba, pero nadie sabía dónde se hacía el examen.

Bajó la cabeza al oír un llanto y descubrió sorprendida que tenía un bebé en brazos. El bebé tenía hambre, pero ella no podía alimentarlo porque no tenía biberón. Lo abrazó contra su pecho tratando de calmarlo, pero no sirvió de nada.

De repente se encontró ante el profesor Matthews, el catedrático de su departamento. Sabía dónde se celebraba el examen, pero le dijo que no se lo dejarían hacer. Señalando al bebé, le explicó que los niños no podían entrar en la sala de exámenes. Con esas palabras, se volvió y se alejó pasillo abajo.

Julia salió corriendo tras él. Le prometió que el niño no lloraría. Le rogó que le diera una oportunidad. Todas sus esperanzas y sueños de acabar el doctorado y convertirse en una especialista en Dante dependían de ese examen. Si no podía hacerlo, la expulsarían del programa.

Abrazó al niño, pidiéndole que se callara, pero lo único que logró fue que llorara con más fuerza.

Julia se rodeó el pecho con los brazos. Incluso ahora, el sueño le parecía muy real. Estaba temblando, al borde de sufrir un ataque de ansiedad.

Sin saber cómo, logró llegar al cuarto de baño y abrió el agua de la ducha. El agua caliente la calmaría. De momento, las luces del baño ayudaron a que se desvanecieran las sombras.

Mientras permanecía bajo el chorro de agua, trató de olvidar la pesadilla y las preocupaciones que luchaban por abrirse camino desde su subconsciente: la conferencia, la próxima visita de la familia, las súbitas ganas de Gabriel de tener un bebé...

Al acordarse del collar que llevaba al cuello, acarició los tres amuletos. Sabía que Gabriel quería tener hijos. Lo habían hablado antes de casarse el año anterior. Pero habían acordado que esperarían a que ella obtuviera el doctorado antes de ampliar la familia. Y eso no pasaría hasta dentro de cinco o seis años.

«¿Por qué vuelve a sacar el tema de los niños ahora?»

Bastantes preocupaciones tenía ya con sus estudios. En septiembre, tendría que haber acabado el trabajo de curso para poder examinarse al año siguiente. Era un examen difícil, necesitaría meses para prepararlo.

Más urgente era el tema de la conferencia que daría en Oxford dentro de escasas semanas. Julia había hecho un trabajo sobre Guido da Montefeltro para la asignatura de la profesora Marinelli. A la profesora le había gustado tanto que se lo había comentado a la profesora Picton. Ésta, a su vez, había animado a Julia a enviar un resumen del trabajo al organizador de la conferencia.

Julia se había sentido muy feliz cuando le llegó la notificación de que habían aceptado su propuesta, pero la idea de dar una conferencia sobre

Dante delante de expertos con mucha más experiencia que ella le resultaba cada vez más aterradora.

Y ahora a Gabriel le había dado por sacar el tema de revertir la vasectomía que se había hecho años atrás en cuanto volvieran de Europa en agosto.

«¿Y si la operación tiene éxito?»

Se sintió culpable en cuanto la frase se formó en su cabeza. Por supuesto que quería tener un hijo con él. Y era consciente de que revertir la vasectomía era mucho más que un simple acto físico. Era también un gesto simbólico, la señal de que por fin se había perdonado por lo que había pasado con Paulina y Maia. Que finalmente empezaba a creer que era digno de engendrar y de criar hijos.

Habían rezado para poder tenerlos. Tras su boda, se habían acercado a la tumba de san Francisco y habían elevado oraciones espontáneas y privadas, pidiéndole a Dios que bendijera su matrimonio con el don de los hijos.

«Si Dios quiere responder a nuestras plegarias, ¿quién soy yo para decirle que se espere?»

¿Estaría siendo demasiado egoísta? Tal vez debería anteponer la maternidad a sus estudios y aspiraciones. Harvard no se movería de sitio. Y mucha gente volvía a la universidad después de haber fundado una familia.

«¿Y si Gabriel no quiere esperar?»

No le faltaba razón cuando decía que la vida era corta. La muerte de Grace era testimonio de ello. En cuanto Gabriel estuviera seguro de que podían tener un hijo, querría ponerse a ello inmediatamente. ¿Cómo iba a negárselo?

Gabriel era como un fuego que lo devoraba todo a su paso. Su pasión, sus deseos, parecían sobrepasar a los de la gente que lo rodeaba. Una vez le había confesado que había sido la única mujer que le había dicho que no. Ni se le ocurrió dudar de su sinceridad.

Le preocupaba ser incapaz de decirle que no en algo tan importante. La paternidad era el deseo más profundo de Gabriel. Sin duda el deseo de hacerle feliz sería demasiado fuerte para resistirse, pero al rendirse a él estaría renunciando a su propia felicidad.

Julia no había tenido muchas cosas durante su infancia. De hecho, cuando vivía con Sharon en St. Louis habían sido pobres. Pero en el colegio había trabajado duro y había destacado. Su inteligencia y disciplina habían hecho que superara con éxito los exámenes en Saint Joseph y en la universidad de Toronto. No le parecía un buen momento para dejar de lado su formación después de tantos esfuerzos. No, no era un buen momento para tener un hijo.

Cubriéndose la cara con las manos, rezó pidiendo fuerzas.

Unas horas más tarde, Gabriel entró en la cocina con las zapatillas de deporte y los calcetines en la mano. Llevaba una camiseta de Harvard y unos pantalones cortos, y estaba a punto de coger una botella de agua de la nevera cuando vio a Julia sentada a la mesa que ocupaba el centro de la cocina, con la cabeza entre las manos.

—Ah, aquí estás. —Soltando las zapatillas y los calcetines, la saludó con un beso apasionado—. Me preguntaba adónde habrías ido.

En ese momento, se dio cuenta de que tenía los ojos rojos y ojeras pronunciadas. Parecía preocupada.

—¿Qué pasa?

—Nada. Acabo de limpiar la cocina y la nevera y estaba haciendo una lista de cosas que necesitamos —respondió, señalando una hoja de papel cubierta con su elegante caligrafía. Estaba al lado de una taza de café, ya frío, a medio beber y de otra lista igual de larga de cosas pendientes de hacer.

Gabriel miró a su alrededor. La cocina estaba limpia y reluciente. Incluso los suelos estaban immaculados.

—Son las siete de la mañana. ¿No es un poco temprano para limpiar la casa?

—Tengo muchas cosas que hacer —replicó ella, sin entusiasmo.

Gabriel le tomó la mano y le acarició la palma con el pulgar.

—Se te ve cansada. ¿No has dormido bien?

—Me desperté temprano y ya no pude volver a dormirme. Tengo que preparar las habitaciones y limpiar los baños. Luego tengo que ir a comprar y planificar qué comeremos. Y... —Se interrumpió con un suspiro entrecortado. Sabía que había algo más, pero en ese momento no podía recordarlo.

—¿Y...? —la animó Gabriel, bajando la cabeza para mirarla a los ojos, pero ella los apartó para leer la lista de cosas por hacer.

—No puedo parar. Ni siquiera estoy vestida. —Cerrándose más el albornoz, empezó a levantarse.

Gabriel se lo impidió.

—No tienes que hacer nada. Te dije que buscaría a alguien que se ocupara de la limpieza y pienso hacerlo. —Señalando la lista de la compra, añadió—: Iré a comprar cuando vuelva de correr.

Apoyándole la mano en la mejilla, le dijo:

—Vuelve a la cama. Estás exhausta.

—Tengo que hacer muchas cosas —susurró.

—Yo me ocuparé de todo, cariño. Pensaba que ibas a dedicarte a preparar la conferencia, y me parece bien, pero antes duerme un poco —le aconsejó—. Una mente cansada no funciona demasiado bien.

Volvió a besarla y la acompañó al piso de arriba. Cuando ella se hubo tumbado, la tapó cariñosamente.

—Sé que es la primera vez que tienes invitados desde que estamos casados, pero nadie espera que te conviertas en la criada. Y no pienso permitir que las visitas impidan que acabes tu trabajo a tiempo.

»Cuando te levantes, puedes encerrarte en el despacho y pasar todo el día allí si quieres. Olvídate del resto. —Con un beso de despedida en la frente, apagó la luz y la dejó dormir.

Gabriel solía escuchar música mientras corría, pero esa mañana ya estaba bastante distraído. Era obvio que Julianne estaba agobiada. No solía levantarse tan temprano. Por su aspecto de hacía un rato, llevaba horas levantada.

Probablemente no deberían haber invitado a la familia, pero ya que iban a pasar buena parte del verano en Italia, no volverían a tener la oportunidad de reunirse en unos meses.

Ya no se acordaba del esfuerzo que suponía tener visitas. Hasta ese momento, sólo había tenido en casa a uno o dos invitados como mucho. Y, por supuesto, siempre contando con la ayuda de personal de servicio y de una cuenta corriente desahogada que le permitía llevar a sus invitados a comer fuera.

Pobre Julianne. Gabriel recordó sus años en Harvard. Las vacaciones nunca eran auténticas vacaciones, ya que siempre había trabajo por hacer: idiomas que perfeccionar, lecturas por leer y exámenes que preparar.

Era un alivio haber conseguido una plaza fija en la universidad de Boston. No le cambiaría el puesto a Julia por nada del mundo. Sobre todo, teniendo en cuenta que había logrado sobrellevar las presiones de la vida de estudiante gracias a la bebida, a la cocaína y a P...

Gabriel tropezó con la acera y se precipitó hacia delante, pero no llegó a caerse. Tras recobrar el equilibrio, se recordó que debía fijarse por dónde iba.

No le gustaba recordar sus años en Harvard. Había permitido que Paulina le facilitara las cosas, incluso sus adicciones. Desde su regreso a Cambridge, los recuerdos habían aumentado de intensidad. Algunos flashbacks eran tan vívidos que juraría que notaba la cocaína entrándole por la nariz. En cualquier momento, conduciendo por una calle o entrando a un edificio del campus, sentía unas ansias de consumir tan intensas que llegaban a ser dolorosas.

Hasta ese momento, gracias a Dios, había podido resistirse. Las reuniones semanales en Narcóticos Anónimos le habían ayudado, igual que las visitas mensuales con el terapeuta.

Y luego, por supuesto, gracias a Julianne.

Gabriel había entrado en contacto con el poder superior en Asís el año pasado, pero su auténtico ángel guardián era Julianne. Ella lo amaba, lo inspiraba, convertía su casa en un hogar. Pero no lograba quitarse de encima el miedo a que el cielo le hubiera sonreído sólo temporalmente, y a que se la arrebatara en cualquier momento.

Gabriel había cambiado en mil aspectos desde que Julianne se apuntó a su seminario en Toronto. Pero si algo no había cambiado era su creencia de que no era merecedor de una felicidad duradera. Tal como su terapeuta le había advertido, el comportamiento de Gabriel tenía una preocupante tendencia al autosabotaje.

Su madre adoptiva, Grace, había muerto de cáncer casi dos años atrás. Su inesperada muerte se había convertido en un símbolo de la brevedad y la incertidumbre de la vida. Si perdiera a Julianne...

«Si tuvieras un hijo con ella, nunca la perderías del todo», le decía una pequeña pero insidiosa voz al oído.

Gabriel aceleró el ritmo. La voz tenía razón, pero ésa no era la principal razón por la que quería tener un hijo con Julianne. Quería formar una familia con ella. Una familia completa, con hijos. Quería una vida llena de risas y saber que podría corregir los errores cometidos por sus padres.

No le había contado nada de esto a su esposa. Ya bastante tenía con sus propias preocupaciones como para cargarla con sus adicciones y sus miedos. Julia ya había tenido que soportar demasiada angustia en su vida por su culpa.

Mientras Gabriel recorría el circuito de jogging por el que solía correr de soltero, se preguntó por qué estaría tan desanimada esa mañana. Habían pasado una increíble noche juntos, celebrando su amor en el huerto de manzanos y más tarde en la cama. Se devanó los sesos, tratando de encontrar alguna cosa que pudiera haberla molestado. Pero su noche de amor había sido, como de costumbre, tan apasionada como tierna.

Existía, al menos, otra posibilidad y Gabriel se maldijo por no haber pensado antes en ella. Julianne siempre se inquietaba cuando regresaba a Selinsgrove. Un año y medio atrás su ex novio, Simon, la había asaltado en la casa de su padre. Y luego la nueva novia de Simon, Natalie, se había enfrentado con ella en un bar del pueblo, amenazando con publicar fotos obscenas de ella si no retiraba la denuncia por agresión.

Julianne había convencido a Natalie de que no le convenía publicar las fotos, ya que al hacerlo estaría implicando a Simon. El padre de Simon era senador y tenía previsto presentarse a presidente. Natalie trabajaba para él. El escándalo podía acabar haciendo más daño al senador que a Julia.

Pero Gabriel no estaba en absoluto convencido de que Natalie fuera a quedarse quieta. Cuando alguien le encontraba el gusto al chantaje, solía tratar de explotar esa fuente hasta dejarla seca.

Gabriel volvió a maldecir, acelerando el ritmo de la carrera hasta el límite de sus fuerzas. No había llegado a contarle a Julia lo que había hecho, y no quería hacerlo. Pero si estaba preocupada por Simon y Natalie tal vez había llegado el momento de contarle la verdad...

Cuando Gabriel volvió de correr, Julia estaba durmiendo. Se echó a reír al ver sus pies desnudos asomando bajo las mantas. A Julia no le gustaba que se le

calentaran los pies, por eso aunque estuviera tapada con un montón de mantas, siempre sacaba los pies al aire.

Inclinándose, se los tapó con la manta y fue a ducharse. Después de vestirse, se aseguró de que seguía durmiendo antes de ir a buscar la lista de la compra y salir de casa. Mientras ponía en marcha el Range Rover, pensó que con un poco de suerte podría hacer la compra y tachar alguna otra de las tareas de la lista antes de que se despertara.

A las once de la noche, cuando Julia bajó por fin a la planta baja, encontró a Gabriel en el salón, leyendo. Estaba sentado en su sillón de cuero favorito, con los pies sobre el reposapiés y los ojos moviéndose tras las gafas al leer.

—Hola, hola —la saludó con una sonrisa, mientras cerraba el libro.

—¿Qué estás leyendo?

Él le mostró la cubierta. El título era *The Way of a Pilgrim*.

—¿El camino del peregrino? ¿Es bueno?

—Mucho. ¿Has leído *Franny y Zooey* de J.D. Salinger?

—Hace tiempo. ¿Por qué?

—Zooey lee este libro y se inquieta. Fue allí donde oí hablar del libro por primera vez.

—¿De qué trata? —Cogió el libro y le dio la vuelta para leer el texto de la contracubierta.

—De un ruso ortodoxo que trata de aprender qué significa rezar sin parar.

Julia alzó una ceja.

—¿Y?

—Y lo estoy leyendo para descubrir qué aprendió.

Ella volvió a examinar el libro.

—Supongo que todos seguimos nuestro propio viaje espiritual.

—Aunque algunos vais más adelantados que otros —replicó él con una sonrisa.

Dejando el libro en una mesita cercana, Julia se sentó en su regazo.

—Yo no lo veo así. Creo que todos perseguimos a Dios hasta que Él decide atraparnos.

Gabriel se echó a reír.

—¿Cómo si fuera el sabueso del cielo al que se refiere Francis Thompson en su famoso poema?

—Exactamente.

—Una de las cosas que más me gustan de ti es tu compasión por las flaquezas humana.

Ella lo besó suavemente.

—Tengo mis propios vicios, Gabriel, aunque trate de ocultarlos.

Mirando a su alrededor, Julia se fijó en las marcas que la aspiradora había dejado en la alfombra. Los muebles no tenían ni rastro de polvo y el aire olía a limón y a pino.

—La casa tiene muy buen aspecto, gracias. He hecho un montón de trabajo hoy.

—Bien —dijo él, mirándola por encima de las gafas—. ¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor. Gracias por preparar la cena. —Le apoyó la cabeza en el hombro.

—Cuando te la subí no tenías hambre —comentó él, acariciándole el pelo.

—Al final me lo acabé todo. Cuando subiste me había encallado con un tema de la conferencia. No quería parar para comer hasta haberlo resuelto.

—¿Es algo en lo que pueda ayudarte? —Gabriel se quitó las gafas y las dejó sobre el libro.

—No. No quiero que la gente piense que tú eres la mente pensante que se oculta detrás de mis trabajos.

—No era eso lo que te estaba ofreciendo —replicó él, ofendido.

—Necesito hacerlo sola.

Él sorbió por la nariz.

—Creo que te preocupa demasiado lo que los demás piensen de ti.

—Tengo que hacerlo —insistió ella secamente—. Si presento un trabajo que suene como los tuyos, la gente se dará cuenta. Christa Peterson ya ha empezado a hacer correr rumores sobre nosotros. Paul me lo contó.

—Christa es una zorra celosa. Va hacia atrás en vez de avanzar en su carrera. En Columbia la han obligado a apuntarse al programa de máster en italiano. No la han admitido en su programa de doctorado. Ya he hablado con el jefe de departamento de Columbia. Si quiere ir contando bulos sobre nosotros, será peor para ella. —Gabriel se revolvió en el sillón—. ¿Y cuándo has hablado con Paul?

—Me escribió un correo tras la conferencia a la que asistió en UCLA. Vio a Christa y le contaron que iba difundiendo rumores.

—Ni siquiera me has dejado que lea tu conferencia, aunque hemos hablado tanto sobre Guido que intuyo lo que dirás.

Julia se mordió una uña pero no dijo nada. Él la abrazó con más fuerza.

—Mi libro, ¿te ha sido útil?

—Sí, pero mi enfoque es distinto —respondió ella, vagamente.

—Eso puede ser una espada de doble filo, Julianne. La originalidad es admirable, pero a veces los métodos establecidos están establecidos por alguna razón.

—Te lo dejaré leer mañana, si tienes tiempo.

—Por supuesto que tendré tiempo. —Gabriel le acarició la espalda arriba y abajo—. Estoy deseándolo. No tengo ninguna intención de hacerte daño, sólo quiero ayudarte si es posible. ¿Lo sabes, no?

—Por supuesto. Y te lo agradezco. —Julia volvió a besarle antes de arrebujarse entre sus brazos—. Pero me preocupa que no te guste mi trabajo. No puedo evitarlo.

—Te daré una opinión honesta, pero siempre estando de tu lado. Te lo prometo.

—No se puede pedir más. —Julia lo miró y sonrió—. Ahora necesito que me lleves a la cama y me animes.

Él se echó a reír.

—¿Y qué debo hacer para animarte?

—Hacer que me olvide de mis problemas tentándome con tu cuerpo desnudo.

—¿Y si aún no me apetece acostarme?

—En ese caso, supongo que tendré que acostarme sola y animarme por mis propios medios. —Julia se levantó y se estiró, mirándolo de reojo.

Levantándose de un salto, Gabriel la cogió en brazos y se dirigió corriendo a la escalera.